



SEMINARISTA EN EL CORRAL

Aunque todavía no estaba consagrado, Simón tenía un círculo sin pelo en mitad de la cabeza, que parecía un “real” de la corona de Castilla, y que le hacía figurar como cura tonsurado al servicio de la

Iglesia, lo que les hacía gracia a sus compañeros seminaristas en el Seminario Conciliar de Segovia.

Él se sentía “esclavo” de Cristo como se sienten los monjes aceptando la vida religiosa y la renuncia al mundo y sus pecados, en especial el de Lujuria. Por eso, había aceptado, a cilicio y sacrificio espiritual, la sentencia que le enseñó su padre confesor: “No rapes tu polla ni dañes la punta de su capullo”.

Como su padre era jefe de la Casa Cuartel de la Guardia Civil en Fuentepelayo, y tenía un buen amigo en Navalmanzano, en verano, cuando las vacaciones, este le llevaba a las fiestas principales del pueblo, donde se lo pasaba la mar de bien.

Allí, en la casa de esta familia llamada “la casa de Simón “el Bailaré””, familia de lo más maja, bondadosa y noble, con un corazón así de grande, él pasaba los siete días que duraba la fiesta; y, en ella, lo que le dejó un mágico recuerdo, fue el tener que ir a orinar o cagar al corral, cuando tenía necesidad.

Aquí no había letrina alguna como esas del Cuartel, que eran sitios estrechos sitios separados con un agujero en tierra y un cubo de agua a su derecha o izquierda para limpiar la mierda y que se fuera al pozo séptico.

Recuerda que el hijo de esta familia que tenía otras dos hijas, un día que le vio así en cuclillas en ese desarrollo de la mierda, le dijo:

-Simón, tu culo se parece a la cabeza del rey visigodo Wamba, que se rapó la cabeza por ser un rey incapaz de procrear. ¿Tú serás incapaz? Mira que el cura de aquí tiene un par de hijos.

-¡Amigo, qué bien me lo pasaba yo cagando; mejor que en la velada: música y baile en la plaza, me dice.

Y sigue:

-Recuerdo que las gallinas y los gallos, el cerdo que alimentaban y cuidaban para la matanza, el moscón verde de la caca, los ratones, las hormigas, algún que otro pájaro exótico y lagartos o lagartijas, venían al olor de la mierda como si en ella les fuera la vida.

-Algunos amigos que venían a por nosotros para ir al baile, si me veían cagar, me decían:

-Qué bonita es tu mierda, qué fresca y qué olor. Cada vez que te vemos, se nos caen las lágrimas, y nos viene la tos. Y ja, ja, ja.

-Evangélicamente cagando como Simón el Mago, yo, al hacer el sublime esfuerzo, pensaba en san Columba de Iona, irlandés, pensando que todos estos animales que me comían la mierda y, a veces, me picoteaban el culo, eran druidas y cristianos a la vez.

-Me limpiaba con un papel que tiraba al mismo corral y, contemplando mis cagadas, como yo iba para místico, me parecía una fila de clérigos bizantinos que esperan para ser sometidos a tonsura, o tortura por los animales.

-Amigo, no te puedes imaginar qué familia más maja esta de Navalmanzano. Hoy tan sólo viven sus tres hijos. Un día te voy a llevar para que les conozcas, y pasarlo bien.

-Daniel de Culla